

No obstante, esta antología puede ser, en los momentos actuales, una publicación oportuna y tener algunos saludables efectos.

Es evidente, en términos generales, el acierto de José Batlló en la selección de los poetas, dentro de unos límites vagamente definidos por una tendencia hacia la izquierda y una tácita (imposible que fuera de otro modo) oposición al régimen político de entonces. A partir de la generación del 27, todas las generaciones o, si se quiere, promociones líricas del siglo, hasta los años de publicación de *El Bardo*, con mayor o menor presencia, están representadas. De aquella primera generación (primera en el tiempo y en el ejemplo poético), están presentes en *El Bardo* Vicente Aleixandre, Max Aub y Jorge Guillén, los dos primeros con sendos libros, y el último con su presencia en un volumen colectivo (precisamente el de homenaje a Aleixandre). Pudo haber estado también Rafael Alberti, si la censura no se hubiera encargado de impedirlo, según nos enteramos por la relación de la página CXLVII, de tan largo título, ya mencionado al principio de este comentario.

La generación del 36 es la menos representada, sin duda porque siendo de escaso interés para el director de la colección los adheridos al bando vencedor en la guerra civil, aunque prácticamente todos, por los años de *El Bardo*, ya ideológica o éticamente evolucionados hacia posiciones divergentes de las que inicialmente mantuvieron, y estando ausentes, por muerte o exilio, los que podríamos adscribir al bando de los vencidos, pocas oportunidades había para incluir poetas de esta generación en la colección. Si acaso, haciendo un cierto esfuerzo de adaptación cronológica, podríamos considerar a Gabriel Celaya, que empezó a publicar precisamente en 1936, dentro de aquella también notable generación y considerar así que estaba representada en *El Bardo*.

Cosa muy diferente ocurre con las diversas promociones de la postguerra. Sin pretensiones de exactitud, considero dentro de ellas, entre otros, a Carlos Bousoño, Leopoldo de Luis, Blas de Otero, Vicente Gaos, Angela Figuera, José Hierro y José María Valverde, los dos primeros presentes en la primera época de *El Bardo* con sendos libros y los restantes a través de una u otra antologías bardianas.

Pero la mejor representación o presencia en *El Bardo*, como no podía ser menos, corresponde a los poetas de los años 50 y 60, unas veces mediante uno o más libros (A. Canales, R. Soto Vergés, J.A. Goytisolo, F. Grande, R. Guillén, M.Vázquez Montalbán, J.A. Valente, P. Gimferrer y A. Carvajal), y otras mediante su presencia en volúmenes antológicos o colectivos (J.M. Caballero Bonald, C. Barral, C. Rodríguez, C. Sahagún, F. Brines...). Hay, también, otros poetas que podrían considerarse entre las promociones de los 60 o los 70, como J.M. Ullán, J.M. Morón, L. Santana, entre otros.

Podemos también establecer, entre los poetas bardescos, diversos grupos según la región o la lengua. Los hispanoamericanos: N. Guillén, E. Cardenal, R. Fernández Retamar, C. Vallejo, P. Vergés, los peruanos representados en la antología de su país. Los de lengua catalana: S. Espriu, J. Horta, M. Martí i Pol, P. Quart y J. Salvat-Papasseit. Y el de lengua gallega, quien según José Batlló originó el mayor éxito editorial de la colección: C.E. Ferreiro.

Finalmente, sin que esta enumeración agote la nómina de los poetas bardófilos, podemos espigar un grupo de difícil adscripción a generaciones o promociones, lo que como es fácil inferir no supone precisamente un menoscabo, sino quizás un plus, en la valoración de tales autores. Entre ellos: G. Fuertes, M. Labordeta, C. Alvarez, M.A. Marrodán y C. Zardoya.

Se habrá observado que hay presentes, entre los poetas editados por José Batlló, varios de los que habrían de componer, en 1970, cuando aún le quedaban a *El Bardo* cuatro años de abnegada y honrada edición de poetas, la tristemente famosa promoción de los *novísimos*. Concretamente, de los nueve que apadrinó José María Castellet, seis estaban ya descubiertos, si vale hablar así, por José Batlló: Gimferrer, V. Montalbán, J.M. Alvarez, Martínez Sarrión, De Azúa y A. María Moix.

Este predescubrimiento de los *novísimos*, y especialmente del que los compendia y resume a todos, Gimferrer, es la prueba rotunda del buen ojo poético y de la imparcialidad y nobleza editoras de José Batlló. Imparcialidad y nobleza que se manifiestan claramente recordando que, como ya he insinuado, *El Bardo* representaba un intento, a través de la poesía, de establecer unos

valores diametralmente opuestos a los dominantes durante aquellos años, y durante todos los *cuarenta*, mientras que los llamados *novísimos*, pese a su aparente intento de ruptura, no representaban sino el adorno final, en el plano de la estética de la palabra, de un régimen político que fue especialmente eficaz, también en aquellos años (huelgas y manifestaciones de El Ferrol, de Granada, de Barcelona o Sant Adrià, muertos de septiembre...), en la tarea de matar a obreros por la calle con los invariables e infalibles *disparos al aire*. No se me oculta que uno de tales *novísimos*, Vázquez Montalbán, era activo militante del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). Pero era (lo sigue siendo) la excepción²⁷.

Porque ya con la perspectiva de veinticinco años, parece claro que tampoco hubo ruptura alguna; ni, en el plano de la poesía, había nada que romper. Los poetas esenciales de los 50 y 60 seguían y siguieron activos: Rodríguez, Brines, Sahagún, Soto Vergés, Gil de Biedma, Grande, A. González, Caballero Bonald... Los nombres que, junto a unos cuantos más (Canales, R. Guillén, Gamoneda, los poetas de *Cántico*) llenarán y justificarán la poesía española de la segunda mitad del siglo XX. Mientras que de los *novísimos*, el único que ha quedado, por decirlo así, incólume como poeta, es Gimferrer, continuador, en lengua catalana, de su obra juvenil. Pese a los centenares, o quizá miles, de páginas que se han dedicado al grupito, nada rompieron. Primero, porque para romper hace falta algo rompible, y si había de pensarse en la obra de los poetas, acabados de citar, de los 50 y 60, está claro que es lo suficientemente sólida como para mantenerse indemne, sobre todo frente a quienes eran, en rigor, sus discípulos y, en general, voces menores, por no decir mínimas, comparadas con las de esas promociones anteriores (Gimferrer siempre aparte, aunque incluso éste pudo, y quizá puede, ser considerado, en cuanto a su obra en castellano, como un subrepticio y aventajado discípulo de Soto Vergés y de Rodríguez). Y en segundo lugar, porque para romper hay que tener fuerzas, y los *novísimos*, con la consabida excepción de Gimferrer, no la tenían y, lo que es peor, no han llegado a tenerla. Aquí no excluyo a Vázquez, consolidado ejemplarmente, pero en la prosa, como novelista de éxito y quizás aún

mejor como periodista *literario*, o de colaboración, de primer orden.

Ciertamente, no puede ignorarse que los *novísimos* (es decir, Gimferrer como corifeo y los demás como sus desvaídos seguidores, tanto los de la antología como los que quedaron fuera de ella) aportaron alguna novedad: la de la trivialización de la poesía, la de la desespañolización de la cultura —en la escasa medida en que pudieron influir en ese ámbito más amplio— y la correlativa anglosajonización de aquéllas, teniendo en esto, evidentemente, su viso o punto de *profetas* en relación con la situación de formal democracia fenicia hoy existente, pero sin que esta circunstancia, que más que previsión es don de oportunismo, baste para otorgarles la categoría de poetas en grado destacable.

La labor de Batlló, al cabo de los años, sobresale así por su ejemplaridad y verdadera visión. Comparado con el golpe de los *novísimos*, cuya antología fue patrocinada por un rótulo editorial entonces de prestigio y apadrinada por quien era en aquellos años una suerte de *pontifex minimus*, José María Castellet, el trabajo de Batlló resalta por su seriedad, por su honradez, por su anticipación en el acierto de descubrir a los nuevos mejores (Gimferrer otra vez, Carvajal), por sus resultados realmente definitivos, puesto que los nombres por él escogidos, en el libro al que ahora me referiré, son los que verdaderamente quedan. De los *novísimos*, después de tanta vacua palabra que se les ha dedicado, no parece quedar sino el recuerdo de lo que fueron realmente: una mala broma, como a veces acertada y valientemente se ha opinado²⁸; en rigor, una buena operación editorial amparada en el oportunismo y en unos medios materiales y propagandísticos de los que Batlló

²⁷ Aludo, evidentemente, no sólo a los poetas que figuran en la antología de Castellet, sino a todos cuantos siguieron la moda *novísima*.

²⁸ Recuerdo haberlo leído en un artículo, que no tengo a mano en este momento, firmado por el malogrado José Antonio Gabriel y Galán. Si dispongo, en cambio, de otro artículo del mismo poeta y novelista, escrito con ocasión de los 15 años de la antología de Castellet, del que entresaco este breve párrafo: ¿Qué ha quedado de ese fenómeno después de 15 años? Ciertamente, como grupo poético, bastante poco» (J.M.G. y G.: «Novísimos: pasaron 15 años» (Diario El País, edición del 28 de julio de 1985). El primer artículo, publicado en una revista, es de fecha posterior a 1985.

carecía. Batlló, en cambio, además de editor real y director de esa centena larga de números de *El Bardo*, fue el autor de la antología por excelencia de aquellos años, aquella en que están mejor recogidos y resumidos los valores de los poetas de los 50 y 60: la *Antología de la nueva poesía española*²⁹. Quien quiera saber cómo escribían y pensaban aquellos poetas, no hallará texto mejor para comprobarlo. Ese prieto volumen debió ser, respecto a aquellos años, la antología conocida, reconocida, divulgada y elogiada. Lo fue en cambio la gimferreriana-castelletiana que hoy (con las dos excepciones, una en lo ético y otra en lo estético, a que me he referido) no parece ser ya sino vana materia de la nada, en consonancia con lo que verdaderamente fue: una verdadera nadería.

IV.

Se advierte en José Batlló, desde el principio de su «Memoria», una clara preocupación por no incurrir involuntariamente en las trampas de lo mismo, esto es, de la memoria. Aunque lo expresa en vena irónica o mordaz, es evidente que pretende ser bueno y verdadero, sin que obste a ello el que juegue amablemente con estos conceptos nunca definitivamente definidos por nadie: la memoria, el olvido, la verdad, la mentira. Todo el texto paginado en romanos da pruebas de ello, aparte de los capitulillos en que parece verse obligado a tratar más especialmente de tales cuestiones: el inicial «Quien promete en deuda se mete», y luego los titulados «Yo, señor, no soy malo», «Ya no se miente como antes» y «Amnesia in litteris». Pero, puesto que los mencionados conceptos van a seguir quedándose en su indefinición relativa de siempre, es mejor que él, y también nosotros, los lectores, desechemos posibles escrúpulos y nos atenemos a lo esencial, al resultado: la excelente prosa de estas memorias, algunas de cuyas páginas creo que podrían, y aún deberían, llegar a ser antológicas³⁰.

Y debemos desechar también, al menos nosotros, los lectores, la idea de fracaso referida a la aventura editorial de *El Bardo*. Aunque Batlló insista en esta idea, a la que también se refiere reiteradamente en otro lugar: la larga entrevista que, casi inmediatamente después de

aparecido el libro que comento, se ha publicado en una revista barcelonesa³¹. Bien es verdad que tal consideración, la de fracaso, la refiere casi exclusivamente al aspecto económico. Pero con independencia del grado de sinceridad de José Batlló y de su posible tendencia a una suerte de automasquismo tan patente en otros aspectos de la vida catalana, de cuyos valores él precisamente es tan radicalmente contrario, por no decir adversario o enemigo, la postura de sus posibles, de sus seguros lectores, creo que no debe albergar duda alguna: cuestiones económicas aparte, la aventura de *El Bardo* supuso un meritorio éxito por el hecho mismo de que en aquellos años, la década final de la *cuarentena*, un modesto matrimonio de trabajadores, que a veces apenas disponía de lo necesario para vivir, fuera capaz de publicar más de cien libros de poesía, tanto de poetas consagrados como nuevos. Y por esta misma razón ha sido uno de los más hermosos esfuerzos que por la cultura, centrada aquí en lo que es su quintaesencia, la poesía, se hayan podido llevar a cabo en este siglo, no precisamente fácil, y menos en España, al menos hasta hace apenas un par de décadas. Pues no puede ni debe negarse que en los últimos quince o veinte años, en España, en términos generales, además de poderse comer, y de que puede disponerse de algunos márgenes de mayor libertad, sobre todo los poseedores a que antes me he referido, tal evolución o desarrollo se ha producido a costa de que se hayan consagrado unos valores que oscilan entre la mediocridad y la vileza, amparados en un hedonismo fácil y en la planificada alienación de la mayoría, valores respecto a los cuales los *novísimos*, y sus glosadores y valedores, fueron ejemplo anticipado. Mientras que José Batlló, por el contrario, con su aventura editorial poética, conmemo-

²⁹ *El Bardo*, Editorial Ciencia Nueva, S.L., 1ª edición, Madrid, abril 1968. Como se advierte, se trataba de una de las etapas en que figuraba, como editor formal, una editorial madrileña, de meritoria y corta vida. Pero el pie de imprenta (Composición Mecánica Saturno, Andrés Doria, 29-3º) y el Depósito Legal (B.7898-1968) seguían siendo de Barcelona.

³⁰ Por ejemplo, el capítulo titulado, en catalán, «Matar la fam», que figura en las páginas XXIV-XXXII.

³¹ Quimera. Nº 135. Abril 1995. La entrevista con José Batlló, significativamente titulada «El fracaso inexistente», la realiza el director de la publicación, Miguel Riera, y ocupa las páginas 19 a 25 de este número.